

- *Domingo 3º de Cuaresma, Ciclo A (2011). El encuentro de Jesús con la Samaritana. Propiedades del agua natural y del agua sobrenatural que simboliza la acción del Espíritu Santo. En el terreno espiritual el agua, al purificarnos, nos hace dignos de recibir el abrazo de amor y de amistad de Dios. La sed de oír las Palabras del Señor. Las prácticas religiosas no se deben separar de la interioridad de las conciencias ni de la rectitud de la conciencia moral. El agua que busca el cristiano es Cristo.*

❖ Cfr. Domingo 3º de Cuaresma Ciclo A 27 marzo 2011
Exodo 17, 3-7; Romanos 5, 1-2.5-8; Juan 4, 5-42

El agua natural y el agua sobrenatural

1. Quiénes eran los Samaritanos: una comunidad de origen hebreo que había padecido contaminaciones desde el punto de vista étnico y religioso.

- v. 9 “La samaritana le dice: -«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? » Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.” Los judíos sentían una gran aversión por los samaritanos (Juan 4, 9.27). Los samaritanos eran una comunidad de origen hebreo, que había padecido contaminaciones desde el punto de vista étnico y religioso, desde que los asirios, al destruir el reino del Norte, y la ciudad de Samaria, (722 a.C.) habían deportado muchos de los habitantes y habían transportado colonos a esa zona con los que se mezclaron los samaritanos (2 R 17, 24-41). Por esa mezcla étnica y por la impureza de la religión al convivir los samaritanos que se habían salvado de la deportación con los paganos inmigrados que seguían en parte fieles a sus dioses, los judíos despreciaban a los samaritanos, y los consideraban como descreídos y heréticos (Si 50, 25-26; Juan 8,48; Lucas 9, 52-55; ver Mateo 10, 5; Lucas 10,33; 17,16). Esta comunidad samaritana no daba culto a Dios en el templo de Jerusalén, sino en un templo que habían construido en el monte Garizim, y que era rival del de Jerusalén. (cfr. v. 20). Por tanto, aunque no habían abandonado el culto a Yahvé, no vivían en perfecta comunión con Él al no reconocer el legítimo santuario, sus profetas, etc.
- Los pocos cientos de samaritanos que viven hoy día, residen en la vecina ciudad de Nablus, y continúan subiendo a ese monte sagrado para celebrar su Pascua y las demás solemnidades.

2. El agua en el Catecismo de la Iglesia Católica (algunos números)

o El agua, desde el origen del mundo, es la fuente de la vida y de la fecundidad

- n. 1218: Desde el origen del mundo, **el agua**, criatura humilde y admirable, es la fuente de la vida y de la fecundidad. La Sagrada Escritura dice que el Espíritu de Dios «se cernía» sobre ella (Cf Génesis 1, 2):

¡Oh Dios!, cuyo espíritu, en los orígenes del mundo, se cernía sobre las aguas, para que ya desde entonces concibieran el poder de santificar (MR, Vigilia Pascual, bendición del agua bautismal, 42).

o Dios habla al hombre a través de la creación visible

- n. 1147: Dios habla al hombre a través de la creación visible. El cosmos material se presenta a la inteligencia del hombre para que vea en él las huellas de su Creador (Cf Sabiduría 13, 1; Romanos 1, 19-20; Hechos 14, 17). La luz y la noche, el viento y el fuego, **el agua** y la tierra, el árbol y los frutos hablan de Dios, simbolizan a la vez su grandeza y su proximidad.

- n. 1094: (...) El agua de la roca era la figura de los dones espirituales de Cristo (Cf 1 Corintios 10, 1-6) (...) [Cf. Exodo 17, 3-7: primera Lectura de hoy]

o Los símbolos del Espíritu Santo. El agua simboliza la acción del Espíritu Santo en el Bautismo.

- El Espíritu es el Agua viva que brota de Cristo crucificado como de su manantial y que en nosotros brota en vida eterna.

- n. 694: Los símbolos del Espíritu Santo - El agua. El simbolismo del agua es significativo de la acción del Espíritu Santo en el Bautismo, ya que, después de la invocación del Espíritu Santo, ésta se convierte en el signo sacramental eficaz del nuevo nacimiento: del mismo modo que la gestación de nuestro primer nacimiento se hace en el agua, así el agua bautismal significa realmente que nuestro nacimiento a la vida divina se nos da en el Espíritu Santo. Pero «bautizados en un solo Espíritu», también «hemos bebido de un solo Espíritu» (1 Corintios 12, 13): el Espíritu es, pues, también personalmente el Agua viva que brota de Cristo crucificado (Cf Juan 19, 34; 1 Jn 5, 8) como de su manantial y que en nosotros brota en vida eterna (Cf Juan 4, 10-14; 7, 38; Exodo 17, 1-6; Isaías 55, 1; Za 14, 8; 1 Co 10, 4; Apocalipsis 21, 6; 22, 17).

- n. 696: (...) Mientras que el agua significaba el nacimiento y la fecundidad de la Vida dada en el Espíritu Santo, el fuego

o **El Espíritu Santo es el «agua viva» que, en el corazón orante, brota «para vida eterna».**

- n. 2652: LAS FUENTES DE LA ORACION - El Espíritu Santo es el «agua viva» que, en el corazón orante, «brota para vida eterna» (Juan 4, 14). El es quien nos enseña a recogerla en la misma Fuente: Cristo. Pues bien, en la vida cristiana hay manantiales donde Cristo nos espera para darnos a beber el Espíritu Santo.

o **El rito de la inmersión en el agua en el Bautismo: dos efectos principales, la purificación de los pecados y el nuevo nacimiento en el Espíritu Santo.**

- n. 1262: LA GRACIA DEL BAUTISMO - Los distintos efectos del Bautismo son significados por los elementos sensibles del rito sacramental. La inmersión en el agua evoca los simbolismos de la muerte y de la purificación, pero también los de la regeneración y de la renovación. Los dos efectos principales, por tanto, son la purificación de los pecados y el nuevo nacimiento en el Espíritu Santo (Cf Hch 2, 38; Jn 3, 5).

3. El agua en la Biblia y en nuestro tiempo

Cfr. Gianfranco Ravasi, Secondo le Scritture Anno A, Piemme III edizione, novembre 1995, III domenica di quaresima.

Para la Biblia el agua es un grande símbolo teológico. Hay hasta 1.500 versos del Antiguo Testamento y 430 del Nuevo que se refieren al agua, también porque es precisamente esa realidad la que más desea el paisaje oriental, frecuentemente árido y sediento.

“Las palabras de Jesús sobre el «agua viva» - es decir, sobre la revelación del Padre donada a los hombres a través de Cristo - nos invitan a retomar este símbolo amado en todas las culturas, raíz de nuestra existencia. También en nuestros días el agua vuelve a hablarnos con toda su fuerza física y simbólica a causa de los desequilibrios ecológicos, de los ciegos egoísmos industriales, de los derroches y del desprecio en relación con la naturaleza. Pero, sobre todo, debe volver ante nuestros ojos por su valor espiritual, como signo bautismal y purificador. Toda la Biblia, en efecto, está atravesada y bañada idealmente por el agua física y espiritual: «¡Todos los sedientos, venid a las aguas! ... Si alguno tiene sed, venga a mí y beba quien cree en mí» (Isaías 55,1; Juan 7, 37)”.

❖ **En el Antiguo Testamento**

o **El grito de la cierva sedienta. La sed de oír las palabras del Señor.**

“Inmerso en una plaga del desierto, en un silencio absoluto, el poeta del Salmo 42-43 siente de repente el grito de la cierva sedienta. En este anhelo y en este lamento el salmista encierra también su autobiografía espiritual, atravesada por una ansia instintiva y primordial, por una tensión y por un deseo vital hacia Dios, agua viva, alegría, esperanza, frescura y meta última de su ser: «Como ansía la cierva las corrientes de agua, así te ansía mi alma, Dios mío. Mi alma [¿en hebreo una misma palabra significa «alma» y «garganta»!] está sedienta de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo podré ir a ver el rostro

de Dios?» (Salmo 42, 2-3). «Vienen días - se lee en Amós 8, 11¹ - en que enviaré al país, no sed de agua, sino de oír las palabras del Señor».

o Un deseo intenso e insuprimible de Dios. El creyente tiene necesidad de Dios y de su palabra para estar vivo y existir.

“También el salmo 63, «un canto del amor místico», según la definición de un comentador, es la celebración de esta sed insuprimible de Dios, más fuerte de la sed física. Santa Teresa de Avila, en su *Camino de perfección* escribía: «La sed expresa el deseo de una cosa, pero se trata de un deseo tan intenso que morimos si permanecemos privados de él». He aquí las palabras del salmista: «Oh Dios, Tú eres mi Dios, al alba te busco, mi alma tiene sed de Ti, por Ti mi carne desfallece, en tierra desierta y seca, sin agua. Por eso te contemplo en el Santuario, para ver tu poder y tu gloria. Porque tu misericordia vale más que la vida» (vv. 2-4).

Están conectados indisolublemente en el salmo el paisaje exterior (el desierto) y el paisaje interior (el vacío que se experimenta cuando estamos sin Dios). Como la tierra está muerta sin la lluvia y como con las grietas de su superficie parece que es una boca abrasada y sedienta, sin agua, así el creyente tiene necesidad de Dios y de su palabra para estar vivo y existir. Es Dios, precisamente, el agua que sacia la sed, recrea, fecunda el desierto de nuestra conciencia cuando está endurecida por el pecado, por la frialdad, por la soledad. Con las mismas palabras otro texto del Salterio declara: «Extiendo mis manos hacia Ti, mi alma está ante Ti como tierra reseca» (143,6)”.

❖ **En el Nuevo Testamento**

Cfr. Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture Anno A*, Piemme III edizione, novembre 1995, III domenica di quaresima.

o El agua que busca el cristiano es Cristo.

“El agua del pozo es la realidad que el oriental busca con continua ansia en su panorama frecuentemente soleado, sabiendo que ella no es sólo instrumento de purificación y de refrigerio sino, sobre todo, raíz de vida y de fecundidad. El agua empapa el suelo haciendo que nazcan brotes lozanos; el agua combate la muerte en el desierto estableciéndose la vida; el agua vigoriza al hombre en su camino cotidiano. Bajo esta luz, las palabras de la Samaritana «Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed» contienen la pregunta fundamental del cristiano; éste no busca una agua aunque sea fresca y santa como la del pozo de Jacob, sino «el agua que salta hasta la vida eterna», es decir, Cristo con su bautismo regenerador: «Si alguno tiene sed, venga a mí; y beba quien cree en mí» (Juan 7, 37).

¹ Antiguo testamento, *Libros proféticos*, Eunsá 2002, Amós, pp. 1038-1039: “Amós debió nacer hacia los comienzos de los reinados de Uzías en Judá (785-733 a.C.) y de Jeroboam II en Israel (788-747 a.C.). Este tiempo fue para los dos reinos la época políticamente más tranquila y económicamente más próspera de su historia, desde su separación en 931 hasta su desaparición (Israel el 721 a.C y Judá el 587 a.C.). Tal bonanza estuvo unida a la decadencia en aquellos años de los dos grandes imperios, Asiria y Egipto, y también de Siria, que dio alivio a los pequeños reinos ribereños del Mediterráneo oriental. En concreto, al reino de Israel le permitió incluso ensanchar sus fronteras por el Sur y el Este, a costa de los pueblos de los bordes del desierto arábico.

Pero el bienestar material de que gozó, sobre todo el reino del Norte, fue disfrutado por los potentados y los ricos, mientras los pobres y desvalidos eran oprimidos cada vez más por los dirigentes, los terratenientes y los grandes comerciantes. Las clases poderosas de Israel atribuyeron la prosperidad y la paz política a su buen hacer y al esplendor de los cultos y ritos que se practicaban en los santuarios del reino, principalmente Betel y Guigal. Dios, pensaban ellos, debía de estar satisfecho, pues las cosas iban bien, al menos para los potentados. Las prácticas religiosas habían llegado a convertirse en un conjunto de ritos y festividades ostentosas, pero huecas y separadas de la interioridad de las conciencias y de la rectitud de la conducta moral: para muchos poderosos eran una especie de disfraz de sus arbitrariedades. Así las cosas, las injusticias sociales llegaron a un situación intolerable para la vida del pueblo de Dios, que debía regirse por los principios éticos y los mandamientos expresos de la Ley de Dios.

En esas condiciones Amós recibe la llamada divina y es enviado a predicar en el reino del Norte, para hacer volver al pueblo a la verdadera religión. El profeta no puede dejar de denunciar las injusticias de los corrompidos dirigentes, jueces, comerciantes (Am 5, 7.10-12; 6, 1-14) y, al parecer, hasta de las damas ricas (Am 4, 1-3), y lo hace con vigor y sin cobardías ni adulaciones. Pronto reaccionarán los inculpadados.

Es paradigmático el altercado de Amós con Amasías, el sacerdote de Betel. Éste envía aviso al rey de que Amós estaba conspirando contra el reino con la denuncia de las injusticias y las amenazas del castigo divino (Am 7, 10-17), y conmina al «profeta» a que vaya a su tierra de Judá y les deje a ellos en paz. La tensión entre la predicación de Amós y la repulsa de Amasías viene a ser un preludio, con ocho siglos de anticipación, de la oposición de los príncipes de los sacerdotes a las palabras y hechos de Jesús, incluido el recurso a la autoridad civil para deshacerse del «revolucionario» del orden establecido”.

4. El agua del bautismo y el agua del perdón en la penitencia sacramental hacen en el terreno espiritual algo semejante a lo que hace el agua en la naturaleza.

Cfr. Raniero Cantalamessa, La parola e la vita, Anno A, Città Nuova XI edizione giugno 2001, 3ª domenica di quaresima, pp. 71-74

o En el terreno espiritual el agua, al purificarnos, nos hace dignos de recibir el abrazo de amor y de amistad de Dios.

“**Lo vemos en la naturaleza**, en la transparencia y en la nitidez de un cielo lavado por la lluvia en la primavera, y en la limpieza de un vestido acabado de salir de la colada. Lo sentimos en nosotros mismos, en la sensación de limpieza que se tiene con el contacto con el agua fresca al despertarse en la mañana, o por la tarde cuando volvemos del trabajo cansados y sucios. **Algo semejante hace en el terreno espiritual el agua del bautismo y el agua del perdón de Dios en la penitencia sacramental**: purifica, es decir, libera de los grumos del pecado, les separa del alma que vuelve a estar resplandeciente y limpia a los ojos de Dios, y se vuelve digna de recibir su abrazo de amor y de amistad. Así dice san Pablo sobre la Iglesia: «Cristo amó la Iglesia para santificarla, purificándola mediante el baño de agua por la palabra, para mostrar ante sí mismo a la Iglesia resplandeciente, sin mancha, sin arruga o cosa parecida, sino para que sea santa e inmaculada» (Efesios 5, 25-27).”

o El agua quita la sed

- **Jesús habla de esa propiedad del agua al inicio de su encuentro con la Samaritana (Juan 4, 1-8); después habla de otra sed y de otra agua (Juan 4, 10 ss).**

“El discurso de Jesús se basa en esta propiedad del agua. El inicio es de lo más natural: Jesús tiene sed. Es mediodía, hace calor y ha recorrido bastante camino bajo el sol de Palestina: «¡Mujer, dame de beber!». Después, Jesús aprovecha la ocasión para hablar con la mujer de otra sed y de otra agua que es la única que puede apagar la sed: «Todo el que bebe de esta agua tendrá sed de nuevo, pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed nunca más, sino que el agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna».

- **El corazón humano tiene, de modo innato, sed de vida y de felicidad.**

“Jesús ha hecho entender a la mujer un cosa importante que es como el corazón del Evangelio de hoy, cosa que nosotros debemos descubrir. Nos ayuda un texto del profeta Jeremías que parece que es parafraseado en el Evangelio de hoy. Jeremías (2,13) comparaba a los que abandonan a Dios, para buscar ayuda y felicidad en las criaturas, a quien abandona una fuente de agua viva y excava en los aljibes de aguas pluviales que, entre otras cosas, no retienen el agua porque son aljibes agrietados. Jesús quiere decir lo mismo. El corazón humano tiene sed de vida y de felicidad, porque Dios lo ha creado así, con esta sed innata, como una especie de ley de la gravedad”.

Jeremías 2, 13: «Mi pueblo ha cometido dos males: me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados, que no retienen el agua».

o Dos modos de aplacar la sed

- **El agua de las criaturas**

“Hay dos modos de intentar aplacar la sed. El primero es beber el agua de las criaturas, es decir, buscar desesperadamente la alegría en las cosas - los bienes, la fama el prestigio -, o buscarla en otra criatura. Dentro de los límites establecidos por la ley de Dios, no es pecado: es la naturaleza. Él sin embargo nos avisa. Ésa es un agua que aplaca la sed del corazón sólo provisionalmente, frecuentemente de modo engañoso o aparente; a veces esa agua es tan turbia que envenena el alma. En cualquier caso, llega un momento en el que ya no se podrá beber. Es peligroso apostar todo sobre esas cosas”.

- **El agua que ofrece Jesús: aplaca todo tipo de sequedad y salta hasta la vida eterna**

Jesús nos ofrece su agua que aplaca todo tipo de sequedad y toda necesidad del corazón del hombre; nos ofrece su Verdad, su amor y su amistad. Un amor que no es precario, no es voluble sino fiel; una felicidad que, ella sola, puede sostener y dar sentido a cualquier otra alegría legítima. Una

felicidad, sobre todo, cuyo horizonte no abraza el angosto espacio de la juventud, o de la vida (setenta años si somos robustos, dice la Escritura), sino que se dilata hasta la vida eterna: «el agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna» (Juan 4, 13).

5. *Otros dos aspectos del encuentro de Jesús con la Samaritana*

Cfr. Gianfranco Ravasi, Secondo le Scritture Anno A, Piemme III edizione, novembre 1995, III domenica di quaresima.

❖ El verdadero culto a Dios

o **El Espíritu Santo actúa en el creyente transformándolo en hijo de Dios y es proclamado el Evangelio que es revelación de la salvación.**

“19 -«Señor, veo que tú eres un profeta. 20 Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén.» 21 Jesús le dice: -«Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. 22 Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. 23 **Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. 24 Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad.**»”. (cfr. Juan 4, 19-24)

“El Sion de Jerusalén y el Garizim de Samaria eran dos altares que se disputaban en forma exclusiva y a veces mágica la presencia de Dios. Jesús anuncia que la adoración perfecta, aunque se desarrolle en un templo, pasa a través de otra dimensión, la del «espíritu» y de la «verdad».

Esta expresión no se debe entender como si fuera la exaltación de un culto intimístico, «espiritual», alejado de la vida cotidiana y de las «distracciones» de la vida. La frase, por el contrario, remite a un sentido más intenso y más cristiano. El culto inaugurado por Cristo es aquél en el que el Espíritu Santo obra en el creyente transformándolo en hijo de Dios, y aquél en el que es proclamada la «verdad», es decir, el Evangelio que es la revelación de la salvación. Podemos, por tanto, decir que esa frase es casi la síntesis esencial de nuestras celebraciones del domingo: en ellas el Espíritu Santo desciende sobre las ofertas del pan y del vino transformándolas en la Eucaristía que nos pone en comunión plena con Dios, al mismo tiempo que la Palabra de Dios escuchada y meditada, es la fuente de nuestra esperanza y es la verdad que guía nuestros pasos”.

❖ La “zona de Samaria”

o **Una llamada dirigida a la Iglesia para que rompa las vallas, las formas de autodefensa, los prejuicios y los miedos, y anuncie con respeto, con amor y con alegría, a todos la «buena noticia» del Evangelio.**

“Jesús, rompiendo todas las rémoras puritanas y los prejuicios, acepta el diálogo con esa mujer considerada impura por el judaísmo oficial, diabólica y hereje. Y a través del diálogo la conduce a gustar el agua que quita la sed para siempre y a celebrar el culto en espíritu y en verdad. Esta página se convierte, por tanto, en una llamada dirigida a la Iglesia para que rompa las vallas, las formas de autodefensa, los prejuicios y los miedos, y anuncie con respeto, con amor y con alegría, a todos la «buena noticia» del Evangelio. También esta página es una llamada dirigida a quien se siente un poco extraño, a quien tiene un pasado «samaritano» poco ortodoxo, para que sepa que hay siempre alguien que le espera y le acoge, también bajo el sol, en el ruido de un día normal”.

6. *Benedicto XVI, Mensaje para la Cuaresma del 2011*

o **La petición de Jesús a la samaritana, «Dame de beber», suscita el deseo del don del «agua que brota para vida eterna», que es el don del Espíritu Santo, que hace de los cristianos «adoradores verdaderos» capaces de orar al Padre «en espíritu y en verdad».**

La petición de Jesús a la samaritana: «Dame de beber» (Jn 4, 7), que se lee en la liturgia del tercer domingo, expresa la pasión de Dios por todo hombre y quiere suscitar en nuestro corazón el deseo del don del «agua que brota para vida eterna» (v. 14): es el don del Espíritu Santo, que hace de los cristianos «adoradores verdaderos» capaces de orar al Padre «en espíritu y en verdad» (v. 23). ¡Sólo esta agua puede apagar nuestra sed de bien, de verdad y de belleza! Sólo esta agua, que nos da el Hijo, irriga los desiertos del alma inquieta e insatisfecha, «hasta que descansa en Dios», según las célebres palabras de san Agustín.